

París, 17 de diciembre de 1996

Discurso en ocasión de la Asignación del premio UNESCO para la educación a la paz

Señor Director general de la UNESCO,
Señor Presidente del Jurado Internacional,
Excelencias, Señoras, Señores,

En primer lugar un respetuoso saludo a todos y mi más cálido agradecimiento a los que, en este año 1996, han pensado atribuirme el prestigioso premio UNESCO por la "educación para la paz".

Me permito ofrecer ahora, en agradecimiento, a esta distinguida asamblea, algunas ideas.

No narraré la historia del Movimiento de los Focolares ni hablaré de su estructura. El Movimiento es un instrumento para fomentar en esta época -junto a muchas otras beneméritas y valiosas organizaciones, iniciativas, obras- la unidad y la paz en nuestro planeta. Sobre esto ya han fijado ya su atención cuando se ha hablado de las motivaciones para la asignación del premio.

Quiero hablar más bien del secreto de su éxito.

Consiste en una nueva línea de vida, en un estilo nuevo adoptado por millones y millones de personas que, inspirándose fundamentalmente en principios cristianos - sin abandonar, más aún, evidenciando valores paralelos presentes en otros credos y culturas diferentes - ha dado a este mundo, necesitado de reencontrar y de consolidar la paz, paz justamente, y unidad.

Se trata de una nueva espiritualidad actual y moderna: la espiritualidad de la unidad.

Ahonda sus raíces en algunas palabras del Evangelio, que se engarzan la una en la otra. Cito aquí solamente algunas.

En primer lugar presupone, para los que la viven, una profunda consideración de Dios por aquello que Él es: Amor, Padre.

¿Cómo se podría pensar en la paz y en la unidad en el mundo sin la visión de toda la humanidad como una única familia? ¿Y cómo verla de ésta manera sin la presencia de un Padre de todos?

Requiere, pues, que abramos el corazón a Dios Padre, que no abandona a sus hijos a su propio destino, sino que los acompaña, los protege, los ayuda; que, conociendo al ser humano en lo más íntimo se ocupa de cada uno, en todos los detalles; cuenta hasta los cabellos de su cabeza... que no pone sobre sus espaldas cargas demasiado pesadas, sino que es el primero en llevarlas.

No deja únicamente en manos de los hombres la renovación de la sociedad, sino que Él mismo se ocupa.

Creer en su amor es el imperativo de esta nueva espiritualidad; creer que somos amados por Él personalmente e inmensamente.

Creer.

Y entre las mil posibilidades que la existencia ofrece, elegirlo a Él como Ideal de la vida. Ponerse inteligentemente en aquella actitud que cada ser humano asumirá en el futuro, cuando alcance el destino al que ha sido llamado: la Eternidad.

Pero es obvio, no basta creer en el amor de Dios, no basta haber hecho la gran opción de Él como Ideal. La presencia y los cuidados de un Padre para con todos, llama a cada uno a ser hijo, a amar a su vez al Padre, a realizar cada día aquel especial proyecto de amor que el Padre piensa para cada uno, es decir, a hacer, su voluntad.

Y sabemos que la primera voluntad de un padre es que los hijos se traten como hermanos, que se quieran, que se amen. Que conozcan y practiquen lo que se puede definir el arte de amar.

Su voluntad es que amemos a todos como a nosotros mismos, porque "Tú y yo -decía Gandhi- no somos sino una sola cosa. No puedo hacerte daño, sin herirme".

Quiere que seamos los primeros en amar, sin esperar a que los otros nos amen.

Significa, "hacerse uno" con los otros, asumir sus pesos, sus pensamientos, sus sufrimientos, sus alegrías.

Pero, si este amor al otro, es vivido por más personas, se vuelve recíproco.

Y Cristo, el "Hijo" por excelencia del Padre, el Hermano de cada ser humano, dejó como norma para la humanidad precisamente el amor mutuo. Él sabía que era necesaria, para que exista la paz y la unidad en el mundo, para que todos formen una única familia.

Cierto que, para cualquiera que intente hoy mover las montañas del odio y de la violencia, la tarea es enorme, ardua. Pero lo que es imposible para millones de seres humanos aislados y divididos, parece que se vuelve posible para personas que han hecho del amor recíproco, de la comprensión recíproca, de la unidad el motivo esencial de la propia vida.

Y eso, ¿por qué? ¿Existe un por qué!

Otro elemento de esta nueva espiritualidad, vinculado al amor recíproco, elemento valiosísimo, que sorprende y maravilla, es el anunciado también por el Evangelio. Dice que, si dos o más personas se unen en el verdadero amor, Cristo mismo, que es la Paz, está presente entre ellas y, por lo tanto, en ellas.

¿Qué mayor garantía, qué posibilidad superior puede existir para los que quieren ser instrumento de fraternidad y de paz?

Este amor recíproco, esta unidad, que da tanta alegría a quien la pone en práctica, exige siempre empeño, entrenamiento cotidiano, sacrificio.

Y aquí se presenta, para los cristianos, con toda su luminosidad y dramatismo, una palabra que el mundo no quiere oír pronunciar, porque se la considera necia, absurda, sin sentido.

Esta palabra es cruz.

No se hace nada de bueno, de útil, de fecundo en el mundo sin conocer, sin saber aceptar el esfuerzo, el sufrimiento, en una palabra, la cruz.

No es ninguna broma el comprometerse a vivir para difundir la paz. Hace falta valentía. Hay que saber sufrir.

Pero, sin duda, si muchas personas aceptaran el sufrimiento por amor, el sufrimiento que requiere el amor, éste se podría convertir en la más poderosa arma para dar a la humanidad la más alta dignidad: la de sentirse no tanto un conjunto de pueblos, unos junto a otros, a menudo en lucha entre ellos, sino, un único pueblo.

Dios Padre, además, no nos ha dejado sin ayuda en este arduo camino. Conocemos aquellas que la Iglesia tiene siempre a disposición de los cristianos.

Y no podemos olvidar a María, amada, venerada, presente también en las otras Religiones. María, la madre de Jesús y de cada hombre de la tierra. De ella podemos recibir inspiración, consuelo, apoyo: es función de una madre componer y recomponer siempre la familia.

Esta espiritualidad comunitaria no está necesariamente vinculada a una Iglesia: es universal y puede ser vivida de alguna forma por muchos.

Por ella, de hecho, hemos entablado fecundos diálogos con todas las personas, con cristianos de muchas Iglesias, con fieles de diferentes religiones y con personas de distintas culturas, las cuales encuentran aquí ratificados los valores en los cuales creen y juntos nos encaminamos hacia la plenitud de la verdad que es nuestra meta.

Hoy, en virtud de esta espiritualidad, hombres y mujeres de casi todas las naciones del mundo, lenta pero decididamente intentan ser, por lo menos allí donde están, semillas de un pueblo nuevo, de un mundo en paz, más solidario, sobre todo con los más pequeños, y los más pobres; de un mundo más unido.

Que Dios, Padre de todos, fecunde nuestros esfuerzos, con los de todos los que trabajan en favor del gran objetivo de la paz. Y que se pueda, como dijo Juan Pablo II en la ONU, en el quincuagésimo aniversario de su fundación (y que puede servir ahora para el quincuagésimo aniversario de la UNESCO), que se pueda "Construir en el siglo que está por llegar y para el próximo milenio, una civilización digna de la persona humana, una verdadera cultura de la libertad y de la paz.

"¡Podemos y debemos hacerlo! -siguió diciendo-. Y haciéndolo, podremos darnos cuenta de que las lágrimas de este siglo han preparado el terreno para una nueva primavera del espíritu humano".

Y termino, termino diciendo que también el premio que hoy recibo será destinado para fines de unidad y de paz. Servirá para construir en una ciudadela del Movimiento en Asia, en Filipinas, llamada precisamente "Paz", una estructura útil para el diálogo interreligioso.

Chiara Lubich

ⁱ L'Osservatore Romano, 6 de octubre de 1995, p. 6-7.